Capítulo IV

EL VERDADERO NOMBRE DE DIOS

Es sabido que los *Testigos* son arrianos, ya que, como el presbítero Arrio en el siglo IV, niegan la plena divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Lo que no es tan sabido es que también niegan la actual plena *humanidad* de Jesús. Tampoco reconocen al Espíritu Santo como la tercera persona de la santísima trinidad.

Para ellos, el único Dios verdadero es el Padre, el cual según ellos posee un «cuerpo espiritual» (tal como se dice de Cristo en 1 Corintios 15: 44). El Padre habría sido el creador de todo cuanto existe. El primer ser creado sería Jesús, y luego éste habría colaborado con el Padre en el resto de la obra de la creación.

Antes de tratar las creencias de los *Testigos* sobre el nombre de Dios, conviene repasar los datos bíblicos sobre el tema.

El nombre de Dios en el Antiguo Testamento

Para los antiguos semitas, el nombre era mucho más que la forma de referirse a una cosa o a un ser. Se relacionaba estrechamente con aquéllo que lo nombrado era en sí mismo. En la creación, Adán dio un nombre a cada criatura, y por

este acto mostró su señorío sobre lo creado (Génesis 2:19s). En cambio, el nombre de Dios sólo ha podido ser conocido por el hombre porque el Señor quiso revelarlo, por pura gracia.

En el Antiguo Testamento, Dios es llamado de diversas formas. Entre ellas, son comunes los vocablos *el, eloah* y, sobre todo, *elohim.*

La palabra *el* es un término semita muy antiguo, que fue empleado por otros pueblos aparte de Israel. Etimológicamente significaría «poder», «señorío» o «temor». Scott subraya que en la biblia «desde el comienzo se usó para distinguir al verdadero Dios de todos los otros».[1]

Esta palabra integra con frecuencia nombres bíblicos como Isra*el* y *El*izabeth. Es frecuente que «*el*» se combine con adjetivos que destacan determinado atributo del Ser divino. De entre más de cuarenta de estas combinaciones, se destacan *El roi* («Dios que me ve», Génesis 16:13), *El nose* («Dios perdonador», Salmos 99:8), *El elim* («Dios de dioses», Daniel 11:36), *El elyon* («Dios altísimo», Salmos 78:35), *El gibbor* («Dios fuerte», Isaías 10:21), *El olam* («Dios eterno», o «de eternidad», Génesis 21:33), y *El shaddai* (Génesis 17:1) que puede traducirse «Dios todopoderoso», o, como en el talmud, «Dios todo-suficiente» (para las necesidades humanas).[2]

El término *eloah* es poco frecuente, pero no ocurre otro tanto con *elohim*, que en el Antiguo Testamento se emplea más de 2.500 veces para designar al verdadero Dios. Como *el*, el sustantivo *elohim* también se combina con adjetivos (por ejemplo, en 1 Samuel 17:45 e Isaías 45:18). Siendo *elohim* una forma plural que se conjuga normalmente con verbos en singular, se ha intentado explicar tal uso extraño con un «plural de intensidad» o de majestad, análogo al empleado por otros pueblos acerca de sus dioses y reyes.

Sin embargo, el término *elohim* para designar a Dios es, a diferencia de *el,* exclusivo del pueblo hebreo. Esto indica que *elohim* es «un término que denota la unidad del único Dios, pero permitiendo una pluralidad de personas».[3] Por tanto, este uso anticiparía la posterior revelación de la santa Trinidad.

El tetragrama (YHWH)

Debe destacarse, por otra parte, que ninguno de los tres sustantivos mencionados se emplea en forma *exclusiva* para nombrar al Dios verdadero. El nombre con el cual Dios escogió revelarse a Su pueblo elegido es *Yahveh*. En escritura hebrea antigua, que carece de símbolos para las vocales, tal nombre consta de cuatro letras, YHWH (yod, he, waw, he). Por ello se lo conoce como «las cuatro letras», o el tetragrama. YHWH es la denominación más frecuente de Dios en el Antiguo Testamento, donde el tetragrama aparece completo cerca de 5.300 veces, y abreviado 1.500 veces.[4]

Acerca del tetragrama y de su forma abreviada YH –que posiblemente se pronunciaba «Yah», «Yahe», «Yaho» o «Yahu», Walter Eichrodt indica que «ambas formas nominales pertenecen a época primitiva y han sido utilizadas la una junto a la otra».[5] La forma breve integra además palabras y nombres propios, como *Eliyahu* (Elías): «Dios es Yahu», *Yahoshapat* (Josafat), «Yaho ha juzgado», *Jilkiyahu* (Hilcías, 2 Rey 22:4): «Mi porción es Yahu» y *Yonatan* (Jonatán): «Yah ha dado».

La autorrevelación de Dios

En Génesis 4:26 leemos: «También a Set le nació un hijo, al que puso por nombre Enosh. Este fue el primero en invocar el nombre de Yahveh». Otros textos de Génesis (12:7s; 15:6-8; 22:14; 26:28) nos muestran que Abraham también conocía este nombre. Sin embargo, en Éxodo 6:3 dice Dios: «Yo soy Yahveh. Me aparecí a Abraham, a Isaac

y Jacob como El Shadday; pero mi nombre Yahveh *no se los di a conocer*».

La explicación de esta aparente contradicción radica en el significado del verbo «conocer» en el pensamiento hebreo. Aunque el nombre en sí era invocado desde tiempos remotos, no es sino hasta su encuentro con Moisés ante la zarza ardiente que Dios mismo explica la profunda significación que encierra el tetragrama (Éxodo 3:10-15). Antes de tal acontecimiento, Dios no había «dado a conocer» su nombre y, por consiguiente, no había dado explicación alguna acerca de su propio ser (Cf. el episodio de Penuel, Génesis 32: 23-33).

Otro dato importante en favor de la explicación propuesta es que los nombres propios que incluyen el nombre divino son de una época *posterior* a la revelación recibida por Moisés. La única excepción posible es el nombre de la madre de Moisés, *YKBD* (Joquebed, Exo 6:20) que podría significar *Yokabod*, «Yah [es] gloria», pero también *Yakbid*, es decir «Que él [Dios] glorifique».[6] Podemos aceptar, pues, que el nombre del tetragrama no cobró su especialísima significación sino hasta su revelación a Moisés.

¿Qué significa YHWH?

Existen variadas hipótesis sobre el significado original del Tetragrama y de sus formas breves. Unos piensan que en el principio fue un grito extático (¡Yah!), una onomatopeya del trueno, o una exclamación de alabanza. Otros lo han vinculado con el verbo «amar» en árabe, con un dios egipcio, y hasta con el nombre de dios de los pueblos indoeuropeos: Yah = Dzau = Zeus. Ninguna de estas propuestas ha logrado aceptación general.[7]

Para el estudioso cristiano, parece mucho más sensato aceptar lisa y llanamente la explicación que Dios mismo da en Génesis 3:14s:

> «Dios dijo a Moisés: "Yo soy el que soy"». Y añadió: "Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación"».

Llamativamente, este texto es *la única explicación* del nombre de Dios que existe en todo el Antiguo Testamento. Según ella, Yahveh deriva del verbo *hawa*: ser, estar, existir, suceder.[8] La frase traducida «Yo soy el que soy» corresponde al hebreo *ehyeh asher ehyeh*. Aquí *ehyeh* es la primera persona singular de un imperfecto en indicativo (forma *kal*). Expresa una acción continua, inacabada, permanente. El término *asher* es un pronombre relativo, «el que». El pronombre personal (yo) queda tácito por excepción.

Con respecto a la expresión en sí, W.F. Albright la entendía en sentido causativo: «Yo soy el que [hace] ser». Empero, esta forma del verbo (*hifil*) no se emplea nunca con esre sentido en el Antiguo Testamento. Existen otros verbos para expresar la acción creadora. Además, esta interpretación no es apoyada por el contexto (v. 12,15).[9]

Los sabios judíos que siglos antes del nacimiento de Jesucristo tradujeron la biblia hebrea al griego (la traducción llamada Septuaginta) vertieron *ehyeh asher ehyeh* como *egö eimi o ön*, donde el participio *ön* le da a la declaración una connotación de existencia inmutable y trascendente.

Esta verdadera interpretación que la Septuaginta hace del texto hebreo de Génesis 3: 14, como si fuese una declaración acerca del ser esencial de Dios según concepciones filosóficas griegas, fue luego retomada y desarrollada por Santo Tomás de Aquino (*Summa Theol*. I,13,11). Sin embargo, hoy es casi unánimemente *rechazada* por los eruditos bíblicos, por considerársela una noción ajena a la teología antiguotestamentaria.[10]

¿Cómo debe, entonces, entenderse la revelación que Dios

hace de Su propio nombre? Ante todo, notemos que *ehyeh* puede, en principio, traducirse indistintamente como pasado, presente o futuro: «era», «soy», «seré», «estaba», «estoy», «estaré», etc. En vista del contexto, puede decirse que en Éxodo 3:13s la idea de *existencia* se entrelaza indisolublemente con la de *presencia*.

Se trata, pues, de una existencia dinámica, manifiesta en obras poderosas. Es la presencia viva y eficaz de un Dios dispuesto a intervenir en favor de los suyos. Yahveh es el Dios que es reconocido por sus acciones; de allí la frecuencia de expresiones como «En esto conocerás que yo soy Yahveh», que se vinculan con actos concretos de Dios. Yahveh es el Dios siempre presente, acompañante poderoso de Su pueblo.

Es casi imposible conservar en las traducciones la fuerza de la frase hebrea *ehyeh asher ehyeh*. Libremente, podría vertirse como «Soy el que estoy, o estaré [con vosotros]». Debe preferirse el tiempo presente, pero *con connotación de futuro*: Yahveh ya es y está, pero además seguirá siendo y estando siempre. La traducción en el sentido de la «presencia» divina está firmemente apoyada en el contexto de Éxodo 3.[11] Así, en el v. 12, *ehyeh* es normalmente traducido «Yo estaré». Por otra parte, en el v. 15 se establece explícitamente la conexión del Nombre con el verbo: «Así dirás... *yahaweh*, el Dios de vuestros padres...». Aquí *yahaweh*, que tiene las mismas consonantes que el tetragrama, corresponde a la tercera persona del singular: «El está», o «estará». Por tanto, Dios dice de sí mismo *ehyeh*, «Yo estoy», pero es llamado *Yahveh*, «El está». La explicación que Dios da de sí mismo es simultáneamente una promesa, un compromiso libremente asumido de su presencia, a al vez protectora y avasallante, amorosa y temible.

Hay quien malentiende la declaración de Éxodo 3:14s como una evasiva, como si Dios se negase a contestarle a Moisés. Pero no es así; lo que ocurre es que *la explicación que Dios da no es una definición*. Definir significa «fijar con claridad, exactitud y precisión la naturaleza de una cosa». Obviamente, Dios no puede ser sujeto a una definición. Su nombre lo revela sólo en parte; El es inabarcable por el limitado lenguaje humano. Ni siquiera el maravilloso «Dios es amor» de nuestro Nuevo Testamento pasa de ser una nueva explicación.

Por lo antedicho, queda claro que *Dios no se define, sino que se revela*. Siempre conserva su soberanía. Si bien Éxodo 3: 14s no es una evasiva, queda en pie el hecho de que aún después de esta revelación «Yahveh sigue siendo «el Libre», el que sólo puede ser comprendido en la libertad de su propia representación».[12]

Gerhard von Rad subraya dos aspectos singulares del nombre del Dios de Israel. En primer lugar, a diferencia de los dioses paganos, que tenían muchos nombres (por ejemplo, Marduk tenía cincuenta), a El Shadday le basta con un nombre. En segundo lugar, mientras que en las religiones paganas del tiempo del Antiguo Testamento, los nombres de los dioses eran solamente conocidos por los sacerdotes, que los ocultaban celosamente, el nombre de Yahveh fue dado a conocer a todos los israelitas.

El nombre de Dios en el Nuevo Testamento

Al abrir el Nuevo Testamento comprobamos que *el nombre Yahveh no aparece ni una sola vez*, ni siquiera en escritos tan impregnados de la fragancia del Antiguo como Mateo, Hebreos, Apocalipsis, o los dos primeros capítulos de Lucas.

La explicación de esta curiosa omisión que dan los *Testigos de Jehová* es que el tetragrama en realidad sí se hallaba en los originales del Nuevo Testamento, pero fue deliberadamente suprimido por copistas cristianos.[13]

Como no ha llegado hasta nosotros ninguno de los manuscritos originales, la explicación propuesta por los

Testigos no puede ser fehacientemente demostrada. Aunque tampoco puede ser rechazada de antemano, es cuanto menos extremadamente improbable. Ello se debe a que contamos con papiros muy primitivos, copiados pocos años después de escribirse los originales, y con innumerables testigos textuales (papiros y pergaminos) que, además de mostrar la confiabilidad del texto del Nuevo Testamento, tal como hoy lo conocemos, carecen por completo del tetragrama. Esta ausencia es tanto más notable si se considera que en el Antiguo Testamento griego, copiado por cristianos, el tetragrama sí aparece, y en caracteres hebreos.[14]

El progreso en la revelación

Si se rechaza, con sobradas razones, la hipótesis de una transmisión defectuosa del texto del Nuevo Testamento, ¿cómo explicar la ausencia del tetragrama en él? Coincidimos con los *Testigos* en que tal omisión no es accidental; seguramente existieron buenas razones. Empero, la explicación más plausible debe fundamentarse no en la mala fe de los copistas, sino en el concepto de la *revelación progresiva*.

La revelación que Dios hace de sí mismo en las Escrituras, que tiene por objeto su propia gloria y la salvación de los hombres, comienza con El como creador y culmina con él como luz y templo de su pueblo en una creación transformada. Mediante su palabra y sus actos en la historia, el Señor da inexorable cumplimiento a su maravilloso plan para la salvación de la raza humana.

El concepto de *revelación progresiva* significa que ésta «en líneas generales, se mueve hacia una expresión más clara e ideas más elevadas acerca de Dios, así como hacia doctrinas éticas más refinadas. Naturalmente, la raíz del progreso en la revelación es el progreso en la redención divina».[15]

Cada dato o hecho nuevo de la revelación bíblica, desde Génesis hasta Apocalipsis, debe ser interpretado a la luz de lo anterior, y a la vez lleva a una constante reinterpretación y a una mejor comprensión de la revelación precedente. En este sentido, es claro que toda al revelación del Antiguo Testamento queda, por así decirlo, a la espera de la manifestación definitiva de Dios que sólo habrá de producirse en el Nuevo Pacto, con la persona y la obra de Jesucristo; pero al mismo tiempo, el Nuevo Testamento presupone, para su recta interpretación, la revelación del Antiguo, al tiempo que ilumina ésta. «Si no existiera el Nuevo Testamento, no sabríamos cómo se han cumplido, o cómo deberían cumplirse, las promesas del Antiguo».[16]

Todo lo anterior se aplica, en el tema que nos ocupa, a la revelación que Dios hace de Sí mismo. En ella, la progresión es evidente. Dios dijo que se presentó a los patriarcas como *El Shaddai*, el Dios todopoderoso. Un nuevo hito fue la revelación del tetragrama; Yahveh es el Dios de la presencia activa y poderosa. El Antiguo Testamento llega hasta aquí.

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo

Dios sigue siendo *El Shaddai* y Yahveh, pero en el Nuevo Testamento se nos manifiesta en sus tres Personas, y frente a esto todo lo anterior queda superado. Desde luego, esto no implica que carezca de validez. Nótese que *pantokratör*, la expresión griega equivalente a *El Shaddai*, se encuentra en 2 Corintios 6:18 y nueve veces en el Apocalipsis. En cuanto al nombre Yahveh, ciertamente falta el tetragrama, pero la forma breve está presente en la adoración celestial testimoniada por Juan en el Apocalipsis; *Aleluya* sugnifica «Alabad a Yah». Además, la frase «el que es, y el que era, y el que ha de venir» (Apocalipsis 1:8; 4:8) parece una explicación inspirada del profundo sentido del tetragrama.

No obstante lo dicho, las formas más corrientes de referirse a Dios en el Nuevo Testamento son *theos*, Dios, y *kyrios*, Señor; y el énfasis está puesto en la santa Trinidad. Jesús nos mostró al Padre y nos abrió la puerta a una relación *íntima y personal* con él. El Hijo se revela como Dios hecho hombre, y el Espíritu Santo como un poderoso ayudador de los creyentes y como quien guía con autoridad a la iglesia (véanse los capítulos V y VI).

¿Es «Jehová» el nombre de Dios?

Frente a la revelación final de Dios a través de Jesucristo (Juan 17:6,26; Hebreos 1:1-3), parece insensato el retroceso al Antiguo Pacto. Mucho peor es, sin embargo, aferrarse a la letra e ignorar el espíritu de las Escrituras y su progresión en la revelación.

Los *Testigos* insisten incansablemente en la necesidad de conocer el auténtico nombre de Dios ; «Dios», dicen, es un título, no un nombre. El verdadero nombre de Dios, recalcan, es «Jehová».

Con su machacona perseverancia ocultan hábilmente el hecho de que, según el modo de expresarse de la biblia, «conocer el nombre de Dios» no es simplemente saber cómo se llama, sino gozar de una *relación personal de comunión con Dios*, en obediencia a su santa voluntad. «Conocer el nombre de Dios» es así conocer a Dios mismo, vivir en su amor y perseverar en sus caminos.

Por lo demás, el nombre «Jehová» *es una invención moderna que proviene de un error de interpretación*. El tetragrama del nombre personal de Dios, cuyo profundo significado se le reveló a Moisés, dejó de ser pronunciado por los judíos hacia el siglo III a.C. debido a un supersticioso temor de quebrantar el mandamiento de que prohibía «tomar en vano» el nombre de Dios (Éxodo 20: 7).

Para evitar pecar inadvertidamente, los hebreos comen-

zaron a referirse a Dios como *'Adonai*, Señor (equivalente al griego *kyrios*). La más completa obra judía de referencia explica la evolución posterior de este uso, y la confusión que originó el nombre «Jehová»:

> «En la temprana Edad Media, cuando el texto consonántico de la Biblia [el Antiguo Testamento, claro] fue provisto de puntos vocálicos para facilitar su correcta lectura tradicional, se emplearon para YHWH los puntos vocálicos de *'Adonai* con una variante –una *shevá* con la primera *yod* de YHWH, en lugar del *hataf-patah* bajo el *aleph* de *'Adonai*– produciendo así la forma YeHoWaH. Cuando los eruditos cristianos de Europa primeramente comenzaron a estudiar hebreo, no entendieron lo que esto realmente significaba e introdujeron el nombre híbrido "Jehovah"».[17]

Expliquemos un poco más. Debido a la costumbre de no pronunciar el nombre de Dios, al incluirse signos vocálicos en los manuscritos hebreos no se indicaron las vocales de YHWH, sino las de *'Adonai*, pues éste era el nombre que se leía en voz alta. Pero la puntuación de vocales empleadas es un caso excepcional; la semivocal que normalmente hubiese correspondido era una *hataf-patah* (-:), pero se la reemplazó por la *shevá* (:) que aquí se pronunciaba «a», pero que *normalmente indicaba una «e» breve*.

Luego, los traductores cristianos de las primeras versiones modernas transliteraron erróneamente el nombre al latín como *Iehovah* (donde la letra inicial se pronunciaba como «ye»). En los idiomas vernáculos, la «I» pasó a «J» y de esta extraña alquimia filológica nació el nombre tan querido por los atalayistas: Jehovah o, en español, Jehová[18].

Entonces, ¿cuál es la pronunciación correcta del nombre de Dios? Parece seguro que las vocales de la pronunciación original del nombre del Pacto eran «a» y «e», para dar

Yahweh, pronunciado «Yavé». La *Encyclopedia Judaica* afirma que «la verdadera pronunciación del nombre YHWH nunca se perdió».

Hoy podemos conocerla y certificarla, en parte por la relación entre el tetragrama y el verbo *hawa* (ser, existir, estar, permanecer) y en parte por los testimonios de antiguos escritores cristianos.

Obstinación de los *Testigos*

Frente a estos claros hechos de la lengua y la historia, los *Testigos* replican que lo importante no es la pronunciación original, sino que –castellanizado o no– pronunciemos el nombre de Dios. Además, dicen, los cristianos emplean el nombre castellanizado «Jesús» en lugar de la forma hebrea «Yeshúa».

Pasemos por alto la incoherencia de tomar como ejemplo a los cristianos, que según los *Testigos* son todos apóstatas. En lugar de esto, contestemos que *ellos,* y no nosotros, son quienes han insistido hasta las náuseas en la absoluta necesidad de conocer pronunciar, proclamar, engrandecer y alabar *literalmente* el nombre de Dios. Pues bien, durante los primeros cien años de su existencia, la *Sociedad Atalaya* no ha nombrado correctamente a Dios.[19] ¿Cuándo comenzará a hacerlo? ¿Por qué no reconocen oficial y públicamente su error y pasan a llamarse *«Testigos de Yahveh»*?